CAPITULO IV

CONTINÚA LA CRISIS DE LAS PASIONES.—SANTA MÓNICA SE APERCIBE DE LOS PELIGROS QUE CORRE SU HIJO. — MODO DE PORTARSE. — DIOS PARA CONSOLARLA, HACE QUE SU MARIDO SE CONVIERTA AL CRISTIANISMO CUANDO AGUSTÍN SE ALEJA.—MUERTE EDIFICANTE DE PATRICIO.

Años 370 al 372.

Qué impresión hicieron en Agustín los hechos que acabamos de referir? No lo sabemos, pero es probable que ninguna; porque hay momentos durante la vida, en que, como dice el Profeta, teniendo ojos, no se ve: al menos es cierto, que la impresión no fué bastante fuerte para detener la marcha de las pasiones.

En efecto, cuando Santa Mónica empezó á traer á Patricio hacia la religión cristiana, su hijo huye veloz de ésta; y por días se deja llevar

más y más de sus desvaríos. Asusta leer en las *Confesiones* esas páginas de verdad tan elocuente, donde á manera de un gran médico que sigue paso á paso la marcha de cierta enfermedad, describe y analiza Agustín los incesantes progresos del fuego mortífero, encendido en su alma; y al leerlas, no es posible dejar de preguntarse con espanto: ¿qué va á ser, no ya de su virtud, porque ésta había desaparecido mucho tiempo hacía, sino de su alma, de su corazón, de su carácter y de su inteligencia misma? Preciso es decir de tan maléfica combustión, lo que está escrito en el libro de Job: «Es fuego que »todo lo consume, que abrasa los gérmenes de la »vida y reduce á cenizas sus raíces (1).» Destruye la salud, deseca el corazón y esteriliza el alma. Los castos movimientos del más puro amor, las poéticas ideas de la adolescencia, próximas á manifestarse, los entusiastas pensamientos de la juventud, el conocimiento de lo infinito, las fuerzas potentes de la razón viril y las inspiraciones llenas de sensibilidad y ternura, todo desaparece prematuramente. ¿Y quién no sabe que de todas estas fuerzas, el amor, la amistad, la caridad y la piedad son las primeras

(1) «Ignis est usque ad internectionem devorans, et omnia eradicans genimina.» (*Job.*, XXXI.)

que se aniquilan, y que el corazón, planta tan delicada, perece aún más pronto que el espíritu (1)? Necesitábase, pues, un nuevo y poderoso socorro, ya que la voz de Dios, el ejemplo de su padre, la paz del hogar doméstico y el perfume de las virtudes de su madre habían sido insuficientes para proteger á Agustín: era menester que resonase al oído de este joven arrebatado la única voz que puede aún impresionar, cuando todas las otras no tienen ya fuerza, y para ello era indispensable, que su santa madre, á quien su hijo había llegado á ilusionar, que como tantas otras no se persuadía de la culpabilidad del hijo y descansaba tranquila creyéndole inocente, empezara á conocer los vicios de Agustín.

La luz vino de Patricio, porque hay cosas que el ojo del padre ve más pronto y mejor que el de la madre. Convertido poco tiempo hacía, un tanto superficial y más sensible á la satisfacción de ver á su hijo desarrollado, que al peligro de verle con la inocencia perdida, fué lleno de regocijo á confiar á su santa esposa, que Agustín, el

(1) Véase en la obra *Conocimiento del alma,* por el P. Gratry, el lindo capítulo sobre los *dos hogares,* ó la admirable conferencia del P. Lacordaire sobre la castidad.

fruto de sus entrañas, llegaba al estado de virilidad; congratulándose de que pronto podía ser abuelo. A la primera palabra que pronunciaron sus labios, apoderóse de Mónica una emoción indefinible; porque hasta entonces basaba su reposo y alegría en la confianza de que su Agustín era todavía niño; pero la idea de que, llegado á la pubertad, las pasiones iban á despertar, que acaso rugirían ya en su corazón, y que la inocencia se vería bien pronto amenazada, le causaba mortales inquietudes, sumiéndola en angustia profundísima. «Mi padre, dice San »Agustín, era catecúmeno hacía poco tiempo,» y no era extraño que sus pensamientos no fuesen más levantados; «pero mi madre estaba adelanta»dísima en la piedad. Vos habíais comenzado, oh »Dios mío, á edificar vuestro templo en su cora»zón, y habitaba ya en él vuestro espíritu. Por »eso, ella se sintió en aquel momento profunda»mente turbada, apoderándose de su alma un te»mor enteramente cristiano, por los peligros que »me amenazaban (1).» ¡Cristiano temor, efectivamente, el de Santa Mónica! ¡inquietud sublime y

(1) «Sed matris in pectore jam inchoaveras templum tuum, et exordium sanctæ habitationis tuæ... Itaque illa exilivit pia trepidatione et tremore.» (*Confes.,* lib. II, cap. III.)

divina, la que hace olvidar á una madre la viril hermosura de su joven hijo, para no pensar más que en su inocencia! ¡Y gracias á Dios, que ese temor é inquietud sublime, á pesar de los tristes días que atravesamos, no haya desaparecido de entre nosotros, y conmueva todavía muchos corazones cristianos!

Corrió Mónica en busca de Agustín y, bien porque confesase, ó porque, con esa intuición propia de las madres, adivinase lo que pasaba en él, empezó á manifestarle con su emoción y lágrimas lo que sabía de su tristísimo estado. Frecuentemente, paseando con él á solas, le hablaba de Dios, de la fe de su infancia, de la tranquilidad que disfrutan los corazones puros, del honor que la pureza les proporciona, de la fealdad del pecado y del horror que debe inspirarnos; pero á pesar de que Mónica, al exponer estas cosas á su hijo, lo hacía con ese acento penetrante y conmovedor que sale naturalmente del corazón de las madres, sobre todo cuando están llenas de fe y ven á sus hijos en peligro; este lenguaje no era comprendido de Agustín: las palabras que debían transpasar su alma, no le hacían mella alguna, y como por otra parte no quería replicar á su madre, empezaba á rehuirla, pues su mirada inquieta y penetrante era para él un martirio.

Agustín pasaba días enteros en la caza, solo, errante de una parte á otra, entregado á las mil ideas que agitan una alma de dieciséis años, y pasando sucesivamente de los sentimientos más nobles y sueños más bellos, á los pensamientos más bajos y proyectos más vergonzosos; parecía á un barco que, próximo á perderse, sube y baja á merced de los vientos y las olas, sin tomar nunca dirección fija (1).

Cuando no iba á cazar, pasaba el tiempo con sus amigos en conversaciones y juegos indignos é impropios de su profesión y clase. «¿Hay algo »más feo que el robo? ¿á quién se le perdona? »ni aun al indigente impulsado por la miseria: »pues bien, yo, dice San Agustín, yo he queri- »do robar, y he robado en efecto sin necesidad, »ya que de nada carecía; sólo por mi ningún amor »á la justicia y por mi gran falta de probidad. »Había inmediato á las viñas de mi padre un »peral cargado de fruto, y á media noche, des- »pués de haber prolongado nuestros juegos hasta »aquel momento según costumbre; una cuadrilla »de jóvenes viciosos y libertinos nos dirigíamos á »aquel sitio, y sacudiendo fuertemente el árbol, »llevábamos grandes cargas de peras, no para »regalarnos con ellas, sino para arrojarlas á los

(1) *De Quantitate animæ*, cap. XXXI.

»puercos y simplemente por el gusto de hacer »mal (1)».

A estas travesuras maliciosas, propias de niños mal educados, que ni siquiera mencionaríamos, si no hubiesen dado motivo á San Agustín, para elevarse á las más altas consideraciones filosóficas sobre la depravación del hombre, que se complace en hacer mal, y á las más profundas reflexiones morales sobre el peligro de las malas compañías, gracias á las cuales se cometen faltas en que sin ellas jamás se incurriría, á estas travesuras se unían desgraciadamente entonces juegos y conversaciones más culpables aún, por la malicia en que iban envueltas. «Ligado á mis »amigos, cuando hacían público alarde de sus »desórdenes gloriándose tanto más cuanto más »infames eran; me avergonzaba yo de no ser tan »corrompido como ellos; y me precipitaba en el »mal, no sólo por encontrar placer al cometerle, »sino por la vana satisfacción de verme aplaudi»do. Nada hay más vergonzoso que el vicio, y »sin embargo, por extraño desorden de mi razón, »¡yo era vicioso por temor á la vergüenza! Cuan»do no había hecho cosa que pudiese igualar los »desórdenes de los más perdidos, aparentaba ha»ber obrado mal, para no aparecer á sus ojos tan»to más despreciable cuanto más inocente y tan»to más vil cuanto más casto. Con estas compa»ñías recorría yo las plazas de aquella Babilo»nia corrompida y empezaba á revolcarme en el »fango (1).»

(1) *Confes.*, lib. II, cap. IV.

Es cosa fácil seguir los dolores siempre crecientes de Santa Mónica. No satisfecha de confiar á Dios sus inquietudes con fervientes y no interrumpidas oraciones, hacía resonar en los oídos de su hijo los más saludables consejos y, según el mismo San Agustín, las palabras más penetrantes y más fuertes. Principalmente una vez llamóle aparte, y «con qué solicitud, aún me acuer»do de ello, me rogó que fuese casto y que »si no tenía el valor de guardar en mi corazón »esta virtud tan preciosa, al menos la respetase »en el corazón de los demás; y sobre todo, aña»día, no turbes jamás con tus desórdenes la »tranquilidad, el honor y la felicidad de las fa»milias (2)».

(1) «Præceps ibam tanta cæcitate, ut inter coætaneos meos puderet me minoris dedecoris... Quid dignum est vituperatione, nisi vitium? Ego, ne vituperarer, vitiosior flebam, et ubi non suberat quo admisso æquarer perditis, fingebam me fecisse quod non feceram, ne viderer abjectior quo eram innocentior, et ne vilior haberer quo eram castior.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

(2) «Volebat enim illa (mater), et secreto memini, ut monuerit cum sollicitudine ingenti, ne fornicarem, ma-

Pero, ¡con qué rapidez se desarrollan las pasiones en el alma! y ¡cuán pocos momentos necesitan para llegar á dominarla por completo! Este amable joven, de espíritu elevado y corazón tan excelente y que tenía una madre como Mónica, la cual le profesaba amor tan tierno y verdadero, no bien empieza á sentir en su alma el aguijón de las pasiones, cuando ya no escucha los consejos de madre tan celosa, y lo que es peor aún, ¿para qué ocultarlo? empieza á despreciarla. «Las palabras de mi piadosa madre, dice, no »eran ya á mis ojos sino palabras de mujer, y »yo, joven como era, me habría avergonzado de »ser dirigido por una mujer. He aquí cómo des»preciaba ¡á mi madre!; pero no, oh Dios mío, »era más bien á Vos, á quien yo despreciaba en »ella (1).» Esto descorrió completamente el velo, si es que aún cubría los ojos de Mónica, y por vez primera empieza á sentir el gran dolor de las madres. ¡Qué de lágrimas vertería! ¡qué de consejos á cual más enérgicos, debió dar á su culpable hijo! y ¡qué súplicas tan ardientes dirigi-

---

ximéque ne adulterarem cujusquam uxorem.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

(1) «Qui mihi monitus muliebres videbantur quibus obtemperare erubescerem. In illa (matre) contemnebaris a me, filio ejus, filio ancillæ tuæ, servo tuo.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

ría sin duda al Altísimo, para que Él salvara y protegiera á su Agustín, de quien ella no sabía ya qué hacer!

No obstante todo esto, veinticinco años más adelante, examinando Agustín el proceder de su madre en tan crítica circunstancia; después de hablar de sus consejos, de sus lágrimas, de sus oraciones, de su vigilancia, en una palabra, de cuanto acabamos de referir; encuentra que no había hecho aún lo bastante para salvar el alma de su hijo. Era necesario cortar, rajar y sacrificarlo todo, hasta sus estudios y su porvenir, antes que dejarle marchar por un camino, en que necesariamente iba á perecer y condenarse. «Mi »madre, dice, tuvo el cuidado de prevenirme »que fuese casto; pero después de las revelacio»nes de mi padre, no se cuidó bastante de cor»tar por lo vivo esos instintos malos, cuya vio»lencia preveía. A toda costa debió ponerse re»medio á esas nacientes pasiones, aunque para »ello fuera preciso casarme seguidamente en el »mismo Thagaste; pero mi madre retrocedió ante »el remedio que pudiera destruir mi porvenir. »No mi eterno porvenir, porque en cuanto á éste, »mi madre había puesto toda su confianza en »Dios; sino mi porvenir literario, del que así »Patricio como Mónica se mostraban demasiado »celosos: él, porque olvidado de Vos, oh Dios

»mío, soñaba lauros para su hijo; ella, porque »lejos de figurarse que estos estudios pudieran »perjudicarme, los miraba como escalones que »debían conducirme hasta Vos. Entretanto, le»jos de dirigirme con una prudente severidad, »las riendas ondulaban libremente, y yo, sin »freno alguno, me dejaba arrastrar por desorde»nadas pasiones (1).»

Así hablaba Agustín de su madre, y porque se contentó con llorar y gemir en esta primera aparición de las pasiones de su hijo, dice «que »ella marchaba aún lentamente por el camino de »la virtud» (2). ¿Y qué diremos nosotros, ¡gran Dios! de tantas cristianas que, débiles para con los hijos, no quieren ver sus desórdenes, cierran los ojos, excusan con facilidad sus vicios, y no comprenden que el primer deber de las madres, después de educarlos debidamente, es protegerlos, defenderlos y salvarlos á toda costa?

Durante este tiempo, se había reunido el dinero necesario para la continuación de los estudios de Agustín. Patricio quería apresurar la marcha de su hijo, pero Mónica estaba llena de inquietud; pues si por una parte, comprendía que

(1) *Confes.*, lib. II, cap. III.

(2) «Ibat tardior mater carnis meæ.» (*Confes.*, lib. II, cap. III.)

era necesario separarle de la vida monótona y desarreglada de Thagaste, por otra le sobresaltaba la idea de dejarle solo, tan lejos y en ciudad tan corrompida como Cartago. Era preciso, sin embargo, resolverse á esto último, ya que Patricio lo exigía; y por tanto, llena de sobresalto y procurando persuadirse, de que el estudio de las letras humanas distraería tal vez á Agustín de sus desórdenes, le condujo á Cartago hacia fines del año 370, es decir, al abrirse las clases. La historia no cuenta las lágrimas que derramaron sus ojos en esta ocasión; ni los saludables y ternísimos consejos que Mónica le diera, á fin de que permaneciese puro y conservara su fe; ni nos refiere en fin, cuáles y cuántas fueron las emociones de esta madre al separarse de tal hijo en tan críticas circunstancias, pero no es difícil conjeturarlo.

Cartago, reedificada en la época más brillante de la civilización romana, era por su lujo y sus riquezas una de las primeras ciudades del Imperio, no cediendo en ostentación ni á Antioquía ni á Alejandría. Más moderna que estas dos últimas, tenía el aspecto de una población nueva que, si bien no llenaba á las personas de gusto exquisito, era sin embargo ponderada por la generalidad de los viajeros. Tenía un hermoso puerto, recientemente construído por Augusto,

extensos muelles, calles anchas, rectas y bien ventiladas, regadas por abundantes fuentes, y siempre muy concurridas. Una de estas calles, llamada Celeste, estaba llena de templos, y otra que se titulaba de los Banqueros, brillaba por el oro y los mármoles que la embellecían. A alguna distancia estaban las fábricas de telas preciosas, los mercados de trigo, de frutas y de ganados, los cambiantes de monedas y, para decirlo de una vez, el movimiento de la ciudad industrial y mercantil, animada del antiguo espíritu cartaginés. No por esto andaban descuidadas las ciencias: poco griega, de gusto puramente latino, y más inclinada al Occidente que al Oriente, era, por el movimiento intelectual recibido de Roma, lo que Antioquía y sobre todo Alejandría habían sido por el que recibieran de la Grecia: el foco y centro de las letras. Sus escuelas, señaladas con grandes banderas blancas que ondeaban á sus puertas, eran numerosas y célebres á la vez. Enseñábase en ellas la Gramática, la Elocuencia y la Filosofía, afluyendo allí la juventud africana: ésta, aunque inteligente, era superficial, disoluta y sin freno alguno; aclamaba hoy á un profesor y entraba al día siguiente tumultuosamente en su clase, destrozando con furor y escarnio cuanto se le ponía delante. Los jóvenes que capitaneaban estos desórdenes, y eran los

más libertinos á la vez que los más elegantes, habían tomado ó recibido un sobrenombre de que se vanagloriaban; llamábanse *eversores*, como si dijéramos, trastornadores y pendencieros.

Al gusto de las letras unía Cartago una afición decidida por las artes: en sus teatros se representaban las obras selectas de la Grecia, y las más bellas del arte dramático romano. No se contentaba poniendo en escena á Sófocles, Eurípo, Terencio y Plauto, sino que á esto unía los juegos circenses y los combates de animales y gladiadores; siendo tal la avidez del pueblo por esta clase de espectáculos y tanta la pasión de los jóvenes en las apuestas que se hacían durante ellos, que casi siempre terminaban injuriándose, golpeándose los unos á los otros y produciendo con frecuencia tumultos y asonadas. Por lo dicho se concibe cuáles podían y debían ser las costumbres de semejante pueblo; así es que, bajo este punto de vista, Cartago rivalizaba con Roma, que es cuanto puede decirse.

Tal era la ciudad adonde llega un joven de diecisiete años, dotado de imaginación vivísima; dominado por las pasiones que acababan de desarrollarse, y que aún no había entrevisto, sino en sueños, esa copa seductora en la cual se cree hallar la felicidad, y que estaba decidido á apurar hasta la última gota. ¿Qué eran los peli-